

ELEONORA DUSE

Nació en un coche del ferrocarril, entre Pádua y Venecia, y fué registrado su nacimiento en el pueblo de Vigevano el 3 de Octubre de 1859. En el siglo XVIII, en tiempos de Goldoni, fué cómico un antepasado de la Duse. Su abuelo, comediante fué en Pádua, y su padre, Alejandro Duse, dirigía una tropa ambulante al través del Piamonte y de la Lombardía.

«Quien lo hereda, no lo hurta», y á los tres años apareció en escena Eleonora... aunque en brazos de otro personaje. A los doce años trabajó por sí misma en *Francesca de Rimini*. A los catorce, en una representación dada al aire libre en Verona, alcanzó su primer éxito, en *Romeo y Julieta*. A los veinte años figuraba en la compañía de la célebre Pezzana; y poco después estuvo en la del gran Rossi.

En 1881 vió á Sarah Bernhardt en el teatro Carignano, de Turín, y ella declara que el espectáculo de la gran trágica operó en su temperamento artístico una verdadera revolución.

La carrera posterior de la Duse ha sido una campaña triunfal. Nadie la discute en ninguna parte donde haya trabajado. Ha recorrido toda Europa y una gran parte de América, y su sólo nombre ha bastado para hacer negocios teatrales, con entradas de 15 á 20.000 francos en Europa, y de 35 á 40.000 en América.

La gran artista es viuda, conservando de su matrimonio una hija que debe de tener hoy diecisiete años.

Enamorada de las flores, de los pájaros, de todo lo que sea belleza natural ó artística, detesta los artificios, y no gusta de los perfumes ni de las joyas. No se pinta jamás, ni disimula, como el papel no lo exija, las canas que abundan en su negra cabellera. Muy elegante, con estilo propio, al vestir, huye siempre de las *toilettes* estrepitosas que pueden distraer al espectador robándole para la ropa de la artista, una atención que debe guardar íntegra para su semblante admirable.

Detesta cuanto sea *pose* ó reclamo. Todo reporter es su enemigo. En Copenhague, donde obtuvo un éxito inmenso, los periodistas quisieron cultivar la información apropiado de ella, y no teniendo medio de verla de cerca, se disfrazaron de camareros, de cocheros y de tramoyistas en el teatro, para espiarla y conocerla.

Por estos rasgos personales de la mujer se caracteriza la labor escénica de la artista, encarnación asombrosa de la verdad, creadora admirable de personajes vivos, «Musa de la verdad», en una palabra, según el gran crítico Gustavo Larroumet. Esto es la actriz insigne que en estos días ha producido á los madrileños sugestión soberana de arte representando *La mujer de Claudio*, *Maqaa*, *Gioconda*, *La Dama de las Camelias*, *Fedora* y *La Princesa Jorge*.

Fot. Audouard, de Barcelona



Sueño de una mañana de Primavera.



La mujer de Claudio.



Cleopatra.



La Locandiera.



EL LOCO DIOS

DRAMA EN CUATRO ACTOS, POR D. JOSÉ ECHEGARAY, ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL
EL 8 DE NOVIEMBRE

EL éxito de *El loco Dios* recordó á todos los grandes triunfos de Echegaray, aquellos triunfos de aplausos estruendosos que á cada momento interrumpían la representación y coronaban todos los actos, y de discusiones ardientes y apasionadas que hacían del vestíbulo del teatro hirviente mentidero. Venía la obra á nosotros con la reputación hecha ya por otros públicos, en América, en París, en Cádiz y en Sevilla, y la sanción del de Madrid ha sido tan completa como espontánea.

No creemos que haya en este drama simbolismo de ninguna especie, pues no es posible simbolizar clases ni categorías en tipos por completo irregulares. *Gabriel Medina*, protagonista de la obra, no puede ser símbolo más que de la locura, y no es esto cosa para tratada en símbolo.

Tratase, pues, de un drama cuya médula es el estudio de un caso de locura, muy simpática seguramente; pero locura notoria é incuestionable, como no se le aplique el criterio de los mismos locos que siempre imaginan que lo son los demás, los que no admiten su idea ó su manía.

Al estudio del loco en forma dramática, al poema del loco, por decirlo así, se somete todo en el drama, personajes y acción, de modo que ni aquellos pueden ser analizados como verdaderos caracteres ni esta considerada sino como medio deformado y contrahecho á la medida de la demencia del protagonista.

Gabriel Medina es un hombre extraño, de gran talento, de caballerosidad perfecta, de carácter retraído y sombrío.

Como tal nos lo pintan, al comenzar la obra, los parientes de la acaudalada viudita *Fuensanta* reunidos en el palacio de esta para sentarse á su mesa. No es muy de fiar el testimonio de esos señores, pues á la legua se advierte que aborrecen á *Medina*, porque sospechan que hace el

amor á *Fuensanta* y que esta no lo desdenna, combinación que, de acabar en matrimonio, daría al traste con las codicias que todos ponen en los millones de la viuda.

Esta, sin embargo, nos confirma aquellas noticias del carácter de *Gabriel*.

Fuensanta.—Es un hombre singular; no, no se parece á los demás hombres. Yo viajé hace años por las Alpujarras: ¡qué rocas, qué montañas, qué Naturaleza tan agreste y tan grandiosa! ¡A veces causa admiración, parece que el alma quiere salirse del cuerpo y subir á aquellas inmensidades de piedra, escaloras de gigantes para llegar al cielo! ¡Otras veces se siente pavor; comprende uno que es nada, y los abismos de sombra atraen! Pues algo parecido siento yo cuando estoy cerca del Sr. Medina. Gabriel, asombra, atrae, da miedo. Pero no explico yo bien mis impresiones. Esto que he dicho... sí; pero además es otra cosa. Figúraos que en las Alpujarras, en ese caos de piedra de que os hablaba, de pronto una roca tomase la forma de un monstruo grotesco, otra se convirtiese en un mono que me hiciese muecas, una arista gigantesca y pintarrajeada en un reptil que tre-



ACTO III.—*Medina y Fuensanta*
FUENSANTA.—¡Tú eres el Dios de Fuensanta!

pa, un tronco retorcido sobre una sima en una sierpe que se me enroscase, y de este modo se mezclará lo sublime y lo grotesco, lo que aspira á volar y lo que va por el polvo; caricias de un cielo azul y brutalidades de guijarros y pe-

EL TEATRO



Fotografía Compañy

ISABEL BRÚ
EN EL SAINETE «EL TRABUCO»

Fotografado «Nuevo Mundo»

druscos...; en fin... no sé... todo esto revuelto, que consuela y que hace daño, que atrae y que repele, y que al fin enloquece, porque el pensamiento se pierde, y el corazón, entre encogerse y ensancharse, se hace pedazos. (*Cae anhelante en el sofá.*)

Después refiere la misma *Fuensanta* que al ir á cortar una rosa para ponérsela en el pecho, *Gabriel* se puso furioso y le echó en cara la acción que acababa de realizar. *Fuensanta* sigue refiriendo la escena del modo que sigue:

Fuensanta. — Bueno, pues cortándome la palabra, empezó á decirme con voz muy dulce, muy dulce, cosas muy singulares: Fuensanta, usted es muy buena, no haga usted daño á las flores, que no lo merecen; mirarlas, admirarlas, aspirar su aroma, cuidarlas mucho, eso sí; pero troncharlas ¡no!; separarlas de su tallo, ¡no! No, Fuensanta. Las flores tienen vida, hija mía (riendo), su savia es su sangre, su aroma es su aliento, y arrancarlas de su tallo es darles muerte y es una crueldad, ¡un crimen! Créame usted, por Dios, créame usted; y me oprimía cariñosamente la mano.

Yo empecé á decirle en tono sumiso: «era para ponérmela en el pecho...» ¡En el pecho!... ¡En el pecho la rosa tronchada!... ¿Qué diría usted, criatura ciega, si un ser poderoso, un ser superior, yo, por ejemplo, entrase en un salón resplandeciente de luz y lleno de mujeres hermosas... rubias, morenas... con sus peinados caprichosos, con sus cuellos desnudos y flexibles, y al ver aquellas flores humanas vibrantes de luz, de aromas, de sonrisas, dijese para mí... Lindísimas... las quiero... las quiero, voy á coger unas cuantas... Y ¡prás!, tronchase un cuellecito y arrancase una cabecita... Y ¡prás!, arrancase otra... y otra... Y haciendo un precioso y ensangrentado manojito me lo pusiera en el ojal de *mi frac* de ser superior? ¿Eh, qué diría usted, Fuensanta? «Diría—le repliqué—que era usted un monstruo y un bárbaro.» «Pues eso pienso yo de usted cuando arranca flores»;—me contestó con mucha calma, me saludó respetuoso y se fué.

Fuensanta.—¡Qué hombre tan extraño! Y me interesa, me

interesa mucho. ¿Qué siento por él? No lo sé. ¡Amor... curiosidad... miedo! ¿O todo esto á la vez? ¿Quién sabe?... ¿Es un aventurero que acecha su presa, ó un ser superior que no está á mi alcance y á quien soy incapaz de comprender? ¡Qué confusiones!

No hay más que ver á *Gabriel* que al poco tiempo sale á escena para comprender que es, por lo menos, un



ACTO II. — *Gabriel de Medina* (FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA)

tipo raro. Sus ideas respecto de la sociedad y de la moral son, muy justas las primeras, muy hermosas las segundas; pero no son humanas, y entre hombres, con ideas y sentimientos humanos se ha de vivir, si no se quiere caer en el crimen ó en la locura. Tiene con todos los parientes de *Fuensanta* unas despachaderas que solo tolerarían monigotes como aquellos que allí pone Echeagaray para poder desarrollar su plan. Mediante esa frescura se queda á solas con *Fuensanta*; le declara su amor en la forma más extravagante imaginable, reprendiéndola por algunos defectos suyos más que celebrando sus hermosuras de cuerpo y de alma, y le participa que se marcha á América para asuntos que han de producirle una millonada que cortará el vuelo á la malicia de los que suponen que enamora á *Fuensanta* por sus caudales, no por su persona.

De paso le anuncia que cuando vuelva le revelará un secreto, SU SECRETO. Despidese de todos con frases de profundo desdén, y nos quedamos todos convencidos de que *Gabriel Medina* está más loco

que una cabra, como suele decir el vulgo.

Al comenzar el segundo acto ha transcurrido año y medio. *Fuensanta* y *Gabriel* se han escrito durante ese tiempo con frecuencia, y los parientes no han levantado ni por un momento el cerco puesto á los millones de la viuda. *Gabriel* regresará de un momento á otro, y los codiciosos desesperan ya de encontrar un arma con que vencerlo. La vida de *Fuensanta* durante la ausencia ha

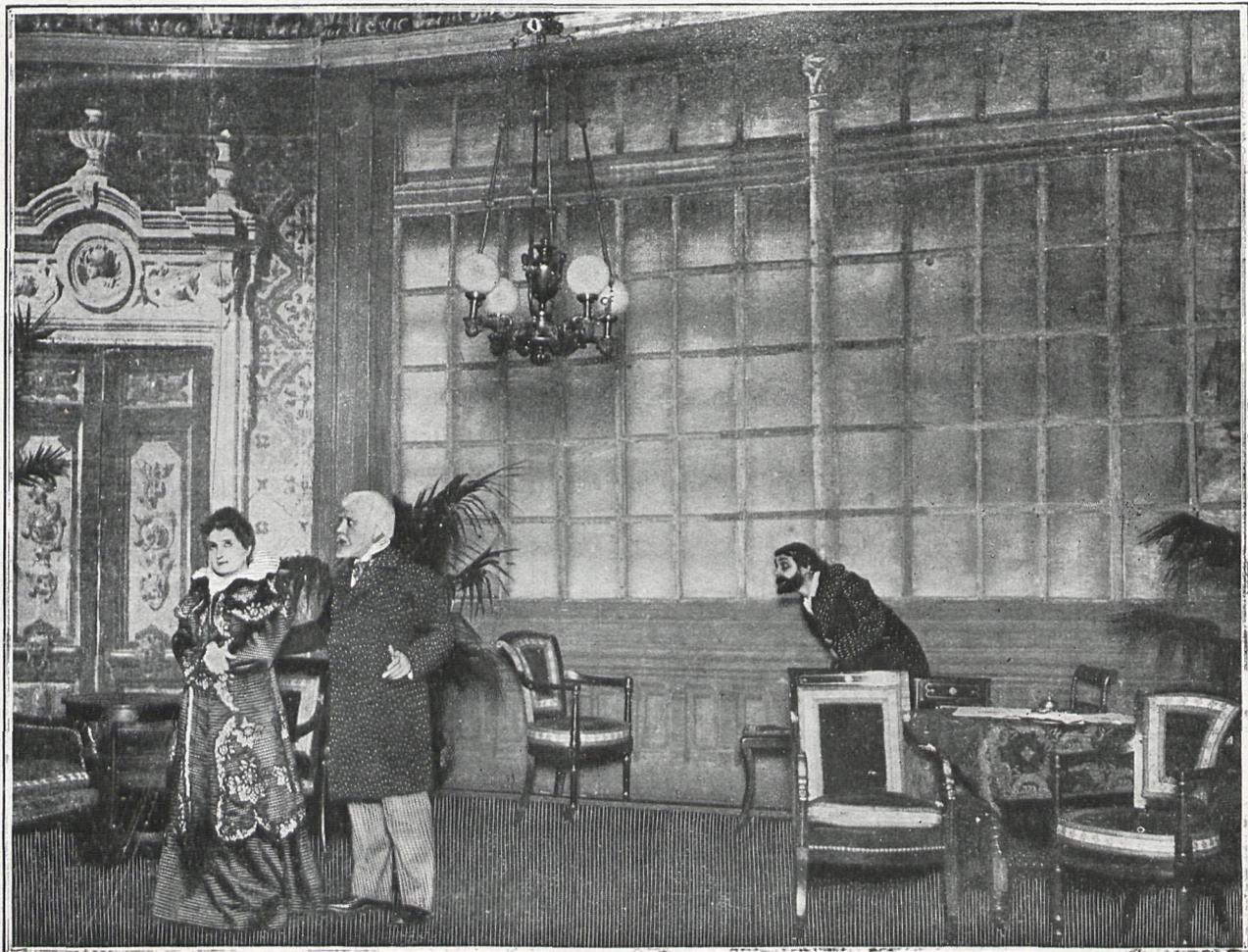
sido un cruel martirio... Antes de que acabe el acto llega *Medina*, y nos parece más loco que cuando se fué. Lo estrafalario de su ropa, y la viveza de su mirada, y el tono de su voz, y losentencioso de su lenguaje que es una sugestión de los evangelios, nos lo dicen claramente. Anuncia á todos que es millonario y que se casará con *Fuensanta*, y acaba el acto llevándose por delante, azotándolos con la injuria, á los pa-

rientes ruines, como hizo Jesucristo con los mercaderes en el templo. En el tercer acto vemos que ya han dado los

parientes con un recurso contra *Gabriel Medina*: declararlo loco, é impedir el matrimonio. No se hallan ellos muy seguros de que respondan á una perturbación del juicio las extravagancias de pensamiento y de acción; mas esperarán que *Gabriel* haga algo que no deje lugar á dudas. Va á celebrarse



ACTO IV.—*Fuensanta y Gabriel Medina*



ACTO IV.—*Fuensanta, D. Leandro (SR. CIRERA) y Gabriel Medina*

la boda, y logran que asistan á la ceremonia un alienista y un notario que en un momento dado testifiquen de la locura. Durante el acto, *Gabriel Medina*, ante los ruegos de su novia, se conduce cuerdamente, á juicio de los demás personajes, como un verdadero loco que se cree Dios y que, por tanto, desprecia á todos, á juicios del público. Verificada la boda y mientras los invitados la festejan, *Fuensanta* y *Gabriel* se quedan solos.

Gabriel.—Soy yo.

Fuensanta.—¡Ah!... ¡es mi Gabriel!

Gabriel.—¡Sí; tu Gabriel!

Fuensanta.—Pues no te veo, ni tú me verás ¿quieres que encienda luz?

Gabriel.—¿Para qué? Yo te estoy viendo, alma mía.

Fuensanta.—¡Buena vista tienes!... porque yo... nada... nada... ¿No me contestas? ¿Dónde estás?

Gabriel.—¿Dónde he de estar? Cerca, muy cerca de mi *Fuensanta*.

Fuensanta.—¡Sí!... ¡qué raro! ¡Pues no te encuentro! ¡No; me engañas!... ¡estás muy lejos!... ¡muy lejos!

Gabriel.—Por muy lejos que esté siempre estaré muy cerca de tí.

Fuensanta.—¿Eso enseña tu sabiduría, señor sabio?

Gabriel.—Eso enseña.

Fuensanta.—Gabriel... ¿Estás todavía ahí?

Gabriel.—Sí: como siempre: siempre estoy en todas partes.

Fuensanta.—¿Por qué no te acercas? mira que es gusto ¡estar á oscuras!

Gabriel.—Así estamos bien. La luz es engañosa. Todo el mundo cree que la luz es una cosa muy clara... ¡Pobre gente! No: en la oscuridad es más luminosa la conciencia.

Fuensanta.—¿Por qué dices eso? ¿Estás enojado conmigo?

Gabriel.—¿Enojado contigo?... No, pobre mujer.

Fuensanta.—No me digas ¡pobre mujer!... dime: *Fuensanta*. En tus cartas me hablabas de otro modo... cuando llegaste me mirabas con amor... Esta misma noche, á veces rugías con ira, dabas miedo... pero todo lo prefiero á este silencio, á esta indiferencia, á este supremo desdén que siento en la sombra caer de la sombra y anonadarme!... ¡Dí algo!... ¡Responde!... ¡Como te gozas en atormentarme! ¡Yo creía que eras muy bueno; pero, no; no eres bueno!...

Gabriel.—¡Bueno es otra palabra! Ni soy bueno ni soy malo: soy... yo soy...

Fuensanta.—¡No, por Dios! ¡No empieces con esas cosas! ¡Eres!... ¡sí, eres!... ¡por eso te quiero yo; pero no porque eres... sino porque eres mi Gabriel! porque me maltratas, porque me acaricias... ¡No, no! ¡No me acaricias!... ¡Tus manos están frías... tus brazos caen con desaliento!... ¡tienes algo! ¡quiero saberlo! ¡Tú me ocultas algún secreto!

Gabriel.—¡Ah!... ¡un secreto! ¡sí!... ¡Y no venía más que á eso!... ¡y ya se me había olvidado! y yo... buscando... buscando... por entre los girones de la sombra... ¿á qué vine?... ¿á qué vine? Sí, vida mía ¡mi secreto!

Fuensanta.—¡Bien lo sabía yo!... ¡era preciso!... ¿Es un secreto triste? ¡Acaso un secreto terrible!

Gabriel.—¡No; al contrario! ¡un secreto todo alegría! ¡Se te acabó la tristeza para siempre! ¡un secreto todo luz! ¡Cuando

lo sepas, ya no pedirás luz; porque toda luz del Universo la tendrás sobre tu frente con sólo acercarla á la mía.

Fuensanta.—Ese secreto... ¿Cuándo lo has sabido?

Gabriel.—Lo supe siempre... pero *no lo supe*. ¡Estaba en mí; pero tan escondido, que yo no lo sabía! ¡Mira tú! ¡Y yo... con ser quien soy... como todos!...

Fuensanta.—¿Como todos?

Gabriel.—¡Sí... como todos los hombres! ¡un hombre más! ¡Ya comprendía yo que no era como todos! Yo sentía en mí un poder infinito... Cuanto quería, eso realizaba. Yo sentía en mí una inteligencia infinita: cuanto quise saber, eso supe, ¡ya lo creo; como que lo sabía de antemano! Yo sentía en mí un amor infinito. ¡Para todos amor! ¡y por qué tengo yo tanto amor! me decía á mí mismo. Y me lo decía muchas veces á mis solas... ¡por eso, porque eres!... ¡pero yo hacía como que no lo entendía!

Fuensanta.—¡Gabriel!... ¡Gabriel!... ¡despierta!... ¡despierta!...

Gabriel.—Sí, eso me dije á mí mismo un día; ¡despierta!... y desperté.

Fuensanta.—¿Y qué?... ¡Acaba, que me vuelvo local!...

Gabriel.—¡Y un día... óyelo, pobre mujer... un día, no pude más... mi corazón saltaba!... ¡saltaba mi cerebro!... ¡mi ser hizo explosión en mí!... y *todo yo* me dije á mí mismo: «pero si lo eres todo». Si tú no eres Gabriel... si eres...

Fuensanta.—¿Quién eres?

Gabriel.—Silencio... yo soy...

Fuensanta.—¡Mi Gabriel?

Gabriel.—¡No!... ¡tu Gabriel, no! ¡Eso es poco! Yo soy ¡tu Dios!

Fuensanta.—¿Cómo!... ¡qué!... ¡Mi Dios, sí, porque Gabriel es mi Dios!... ¡pero nada más que por eso! ¡El Dios de *Fuensanta*; pero nada más!... ¡No!... ¡No!...

Gabriel.—¡No!... ¡no me empequeñezcas, mujer!... ¡El Dios de todos! ¡El Dios de todo!... ¡El Dios uno, eterno, infinito!... ¿No digo Dios? ¡Pues Dios!

Pasamos al cuarto acto. Los parientes, venciendo la resistencia que por fuerza se ha de hallar, para declarar la locura de un millonario cuando su mujer proclamó malo cuerdo, tienen todo preparado para que *Medina* vaya á un manicomio. *Fuensanta*, de acuerdo con un amigo leal, trata de empujarle con él en su *yatch* para huir de Barcelona, donde se desarrolla la acción. Ya nadie duda de la locura del pobre hombre, ni siquiera *Fuensanta*, á pesar de que quiere engañarse á sí misma. El parece convencido de que ha de fugarse... Así lo aparenta mientras prepara por dos criados, fieles hasta el martirio, un castigo ejemplar que purgue de iniquidades al mundo... Llegan los que han de llevarse á *Gabriel*; *Fuensanta* le avisa para que huya; no lo encuentran, y cuando todos se desesperan de no hallarlo, entra descompuesto en la escena *Gabriel Medina*, y con apocalíptico acento anuncia á todos que por el fuego serán purificados, y, en efecto, la escena se rodea de llamas que han de consumirlos á todos, á los que amaban y á los que odiaban, en aquel incendio provocado por la cólera y á la vez por la misericordia de *El Loco Dios*.



Fuensanta (MARÍA GUERRERO) EN EL ACTO PRIMERO